

José Badal Nicolás

Inciertas 'no fiestas'

No es nada sencillo saber cómo hay que celebrar unas 'no fiestas'. Al menos en las fiestas de verdad uno sabe a qué atenerse. Ahora nos arriesgamos a ir por la calle imbuidos de un espíritu festivo muy particular y contenido, eso sí, y acabar en medio de una inesperada muchedumbre, relajarnos e incurrir en flagrantes irresponsabilidades. Nadie consciente de ello puede disfrutar de una celebración así.

Fue el ingenioso Lewis Carroll el que incluyó el 'no cumpleaños' en el célebre viaje de Alicia por aquel país de las maravillas en el que multiplicar los motivos para celebrar fiestas parecía de lo más normal. Y qué mejor método para ello que negar lo excepcional hasta convertirlo en cotidiano. Pero no hay que asimilar las 'no fiestas' del Pilar al 'no cumpleaños' carrolliano. Mientras unas son unas fechas concretas en las que esta vez no se puede ni se debe hablar de 'fiestas', incluso aunque se parezcan a ellas sospechosamente, el 'no cumpleaños' se refiere, con mucho más rigor, al resto de los días del año que no coinciden con nuestro aniversario de nacimiento.

Lo que delata esto de las 'no fiestas' es un problema de denominación no bien resuelto. Salvo para los enamorados, siempre es complicado concentrar la ausencia concreta, el vacío preciso, en una palabra. El Ayuntamiento zaragozano ha decidido sortearlo hablando de 'semana cultural', que es una falsedad no exenta de cierta elegancia dados los tiempos que corren. Ya no parece tan importante contribuir a la desgracia del mundo que, según Camus, es lo que ocurre cuando se nombran equivocadamente las cosas. Las palabras parecen querer interponerse aquí frente a la amenaza de un virus que aún campa, debilitado, entre nosotros. Pero no hay que engañarse: son las propias autoridades, como demuestra Nicolás Maduro inaugurando las Navidades a principios de octubre en su palacio de Miraflores, las interesadas en promover cierta evasión de la realidad y que la fiesta no decaiga.

«Todo tiene una moraleja, solo falta saber encontrarla», se dice en 'Alicia en el país de las maravillas'. Podría servir en este caso que la realidad, incluso cuando se nombra mal, siempre nos aguarda, aunque sea después de un sueño tan deliciosamente absurdo como el de Alicia.

Andando a la briba

Las deficiencias del sistema educativo suponen una de las mayores taras que padece nuestro país y que lastran su futuro

Tenemos cosas buenas, qué duda cabe; por ejemplo, una sincera y envidiable disposición para comprender las desgracias ajenas, meternos en la piel de los desventurados y acudir prestos en su socorro. Esto lo hemos visto recientemente a raíz de las devastadoras trombas de agua que sin mesura han descargado sobre algunos lugares de nuestro país, dejando un rastro de lodo, suciedad y daños para pena y congoja de los damnificados. Y lo estamos viendo con motivo de la erupción del volcán Cumbre Vieja en la isla canaria de La Palma. Situaciones tan alarmantes y graves son las que sacan lo mejor de nosotros mismos y nos mueven a prestar desinteresadamente ayuda y auxilio, sin esperar contraprestación o beneficio. Otro ejemplo: encabezamos la lista de países donantes de órganos humanos, que es motivo sobrado para sentirnos orgullosos por el número de vidas que hemos podido salvar. Somos capaces de dar lo más propio que tenemos, que es nuestro cuerpo, con tal de aliviar el padecimiento ajeno.

Pero también descollamos por otras cosas malas. Estamos a la cabeza de los países europeos ostentando el dudoso honor de ser los primeros de algunas listas de la vergüenza; hecho que debería turbarnos el ánimo por el fracaso que ello comporta como sociedad desarrollada. En este oscuro capítulo sobresale por encima de otras taras el deficiente sistema educativo que padecemos desde hace lustros y el estrepitoso fracaso escolar que acarrea. Soy de

los que opinan que nunca se debieron transferir las competencias en educación a las mal inventadas autonomías que conforman nuestra organización territorial político-administrativa. Fue y sigue siendo un disparate, que ningún político acomodado tiene los redaños para enmendar. Y esto, porque entre la peña política campan los intereses personales en detrimento de los generales, sin el menor atisbo de sincero servicio a los demás y de querer arreglar el desaguado.

Yo tuve la suerte de contar con excelentes profesores e hice un buen bachillerato con medios muy modestos, sin los libros de texto de ahora, con tantos colorines y magro contenido, con ilustraciones gráficas pequeñas en blanco y negro, sin tanto soporte audiovisual y tecnológico, sin clases de apoyo ni memeces pedagógicas. ¿El secreto? Un mismo plan de estudios para todos bien diseñado y ejecutado con esmero. El buen tino y empeño de mis progenitores (especialmente de mi madre) por hacerme madurar pronto y ver las cosas como son y no como en el país de las maravillas, y por inculcarme el valor del esfuerzo personal que a la postre redundaría en mi propio rédito. Por mi parte, el hábito al estudio y al trabajo sistemático, riguroso y continuo.

¿Cuánto hay de esto ahora? Planes de estudios a tutiplén, insulsos, inconexos, poco ambiciosos y permisivos. Un profesorado que en gran parte ha cursado las llamadas pomposamente Ciencias de la Educación por rechazar a otras metas más exigentes, por

«Nunca se debieron transferir las competencias en educación a las mal inventadas autonomías»

ende desmotivado y sobre todo mal preparado para la docencia de las ciencias-ciencias y carente de habilidades para suscitar el interés por estas materias. Unos padres mimosos y demasiado tolerantes, más preocupados por agrandar y complacer que por reñir y castigar a su prole si la situación lo requiere. Y muchos niños y jóvenes consentidos, desorientados, distraídos con sus juguetitos tecnológicos de última generación, poco acostumbrados a la disciplina y proclives al mínimo esfuerzo.

Con estos mimbres, a nadie puede extrañar que, como país y en Europa, ocupemos los últimos puestos en muchos informes y clasificaciones evaluadores de la calidad de la enseñanza, o que tengamos el mayor índice de abandono escolar, o la tasa más alta de paro juvenil. Somos el país con el número más elevado de 'ninis', o sea de jóvenes que ni estudian ni trabajan, por apatía o simplemente por contagiosa haraganería, por apego al 'dulce far niente'. Añadamos a este magma social los protegidos 'okupas' y los 'menas', los menores separados de sus familias que llegan hasta nuestras ciudades en busca de un mejor futuro, con sus sueños, afanes y esperanzas, pero también con su falta de preparación y sus impulsos. Y ya vemos lo que sucede cuando la ausencia de educación, urbanidad y civismo se adueña de nuestras calles y se manifiesta con locura, violencia e impunidad.

Y esta tropa jaranera, entre cuyas filas no abundan las hormigas, quiero decir la gente instruida, pensante, trabajadora y responsable, sino más bien las holgazanas cigarras, es la que en pocos años cogerá el timón de nuestra nación para emprender nuevas e inquietantes singladuras. Y entretanto políticos apocados y jaques ociosos, andando a la briba.

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

CUENTOS DE DOMINGO | Antón Castro

Nunca he visto una cosa igual

El pasado miércoles, en 'Tiempo Extra', Ortiz Remacha y Javier Cebolla me preguntaron qué fue lo primero que me sorprendió de Zaragoza. Pensé que tenía varias respuestas: por ejemplo, durante tres meses iba todos los días al Pilar y daba un paseo por el perímetro de la nave para oír el órgano un poco antes del ángelus. Salía a la arboleda de Macanaz sencillamente a pasear y me sentaba en un peñasco a contemplar el agua y el paso lento de las piraguas. Podía haber dicho eso.

Dije, sin embargo, que lo más

me impresionó fueron las fiestas del Pilar de 1978, las riadas humanas, los restaurantes llenos de gente, los paisanos vestidos de baturros y la profusión de peñas, algo que no había visto jamás. El primer Pilar me evocó una asombrosa romería de una multitud feliz que se adueñaba de la calle. Por entonces confirmé algo que me habían contado en alguna ocasión en mi pueblo: Xosé Lamapereira, un extremo que jugaba con Paco Buyo cuando era el máximo goleador del Ural, había hecho el servicio militar en Zaragoza y desde entonces acudía to-

dos años a la fiesta. Pernoctaba en una fonda de San Pedro Nolasco y disfrutaba de las ferias, las calles, las charangas, los conciertos, del teatro en el Argensola, del circo y de las mujeres. El día que lo encontré, por puro azar, ante Helios, me dijo: «Ahorro todo el año para ser feliz una semana. El Ebro me gusta más que el Miño y el Sil juntos».

En octubre de ese año, cuando llevaba apenas un mes en la ciudad, en la actual calle Conde de Aranda, ante un escaparate reconocí a Tolín. O Tonís. Era de Lourda, allá en La Coruña, y tenía

de una docena de caballos y yeguas en un cerrado de monte. Al principio pensé que no podía ser él, un compañero de grado, como diría Silvio Rodríguez, y un rival furioso en los partidos del recreo, cuando jugábamos con los jerséis por poste y la imaginación por larguero. Nos alegramos mucho de vernos, él estaba en el ejército y me dijo que le encantaba la ciudad, que sin mar y todo le resultaba antigua, inmensa y familiar. Al cabo de un diez minutos o así, se sinceró: «Chico, ¿y cómo eres capaz de vivir en una ciudad como esta, tan llena de mujeres bonitas? Nunca he visto una cosa igual. No sé a dónde mirar».

Ayer paseando bajos los tilos, a medianoche, pensé en Lamapereira y Tonís (o Tolín) y en aquel primer Pilar.